

Amor filial. Prácticas para futuros/presentes otros

Por Gabriela Vergara¹

Introducción

Cien años atrás el mundo estaba envuelto en un clima social y político inestable, donde revoluciones, reformas y ampliaciones en las esferas educativas y electorales no dejaban de sorprender y de proyectar nuevos horizontes por venir. Las ansias de progreso del siglo XIX se veían intensificadas en otros sentidos, hacia otros mundos posibles, hacia otras formas de organización deseadas/esperadas.

Si contrastamos este escenario con el actual, el siglo XXI parece envuelto en una uberizada sensibilidad que opera bajo el control que supone una red. Parece protagonizado por una autonomía para elegir que actúa bajo los límites de lo ya –previamente- elegible. Parece atravesado por una extraña sociabilidad cada vez más individualizante que seca el lenguaje en algunos códigos lingüísticos entrecortados o, superados por el silencio de los sistemas abstractos que organizan y modulan nuestras vidas cotidianas. Parece sumido en las más dicotómicas y distantes realidades desde la nanotecnología y la robótica al trabajo en las maquilas. Parece atacado por una extraña patología cuasi esquizofrénica que lo impulsa a desarrollar vida humana de formas cada vez más diversas con tanta pasión como aquellas destinadas a su masiva, instantánea y horrorosa destrucción (sin desconocer las múltiples formas de las acciones colectivas que se despliegan por la defensa de la vida, por el medio ambiente, en contra de la violencia o las reformas neoliberales que en el mundo jaquean a -lo que queda aún de- la sociedad salarial, entre otras).

Si consideramos el contexto nacional, se ha advertido un estado de normalización en el disfrute por el consumo que se hace manifiesto en el escaso interés por participar en instancias colectivas (Scribano, 2015). Esto se inscribe en una omnipresencia de políticas sociales, que tuvieron un eje importante en la transferencia condicionada de ingresos –que habilitó al consumo y potenció sus efectos normalizadores-. También en la cooperativización de la pobreza y en el etiquetamiento uniformizante de colectivos de mujeres que bajo la lógica de la gestión de recursos económicos en el primero o la capacitación en el segundo –regularon la conflictividad en vistas a su oclusión.

En otro lugar (Vergara, 2012a) hemos analizado el modo en que se configuran las sensibilidades en un capitalismo extractivista, neocolonial y dependiente que opera principalmente a partir de los mecanismos de expropiación de energías corporales, de la regulación de las sensaciones y de la inversión de la relación entre sujetos-objetos. A partir del análisis de las experiencias de mujeres recuperadoras de residuos hemos identificado una sensibilidad de los desechables, la cual conduce a que natural y desapercibidamente los sujetos se sientan a disposición de los objetos, naturalizando el tener que vivir de lo que otros tiran (en tanto lógica de lo social/laboral esta sensibilidad no es privativa de los recuperadores de residuos). Un continuo de diversas emociones articulado con prácticas y percepciones contribuye a la soportabilidad de las condiciones de vida, a la aceptación incuestionable de la desigualdad. Acostumbramiento, implosión de emociones o movimiento centrípeto que reubica los pesares y las culpas en el propio sujeto,

¹ Doctora en Ciencias Sociales. CONICET-UNVM; UNRaf; CIES; GESSYCO. E-Mail de contacto: gabi-vergaramattar@gmail.com



desplazamiento de anhelos cumplidos en otros, disrupciones fragmentadas, oclusiones gestadas entre dilemas del propio sujeto –entre la vergüenza y el coraje- son algunos de los modos por los cuales las emociones configuran particulares modalidades respecto de cómo se percibe y siente el mundo cuando se vive de/para los residuos. De este modo, se pone de manifiesto cómo la expropiación de energías corporales, la regulación de las sensaciones y la relación inversa entre sujetos/objetos se inscribe en estas vidas y atraviesa sus prácticas naturalizando o volviendo dado el mundo que, por momentos, se vuelve insoportable pero más aún, inmodificable.

De un modo más general, hemos identificado (Vergara, 2018) dos modalidades de sensibilidades individualistas según las geometrías corporales y las gramáticas de acción desplegadas por varones y mujeres en 2002, en Argentina. Una articulada con el solidarismo y, la otra la soportabilidad social. Por un lado, hemos observado inacción en quienes tienen certezas en sus condiciones de vida (sobre todo en empleados y empleadas). Esto les permite percibir su situación como regular, mientras al resto le va mal; una lógica que afirma un lugar de autoprotección que inhabilita prácticas por los otros y que se conjuga con un estado de preocupación por el desempleo pero relativamente feliz con la vida. De aquí se desprende un individualismo que convive en algunos casos con cierto solidarismo. Mientras cada cual busca salvarse como puede, en el mejor de los casos, las ayudas no solo brindan recompensas emocionales sino que además permiten marcar distancias (otros están peor, y más que esto no puedo hacer). Por otro, advertimos cierta lógica de inacción en la precariedad de condiciones de vida que se combina con una peor percepción de su situación de modo semejante a la del país. En sintonía con condiciones materiales de vida limitadas, que se tiñen con cierto grado de felicidad, no se observan mayores acciones o involucramientos colectivos, sino todo lo contrario. En este caso, el individualismo pareciera estar articulado con otro tipo de emociones sociales que pueden encontrar en la espera de una situación futura mejor, vestigios de impotencia y resignación, las cuales pueden operar haciendo soportable la vida cotidiana.

En este contexto y en este escrito nos proponemos transitar otro camino. Aquel que desmiente –de modo difuso, fragmentado, escurridizo- la resignación y la soportabilidad. Uno de los lugares posibles para analizar esto, tiene que ver con tres tipos de prácticas que contradicen el estado actual del ensimismamiento y autocentramiento narcisista. Dichas prácticas, protagonizadas por mujeres, son analizadas a partir de material empírico producido en distintas instancias de investigaciones individuales y colectivas. Con ello no pretendemos afirmar ninguna ontología que vincule de manera exclusiva y excluyente amor con maternidad. El análisis propuesto pretende ser un acercamiento a fragmentos de la vida cotidiana que se vuelven metáforas de encuentros, metonimias de lógicas-otras, es decir de reconocimientos entre sujetos, en cuanto tales. Esto implica ni más ni menos que un desplazamiento y descentramiento de un yo que desafiando las sociabilidades individualistas –alienadas- actuales transita el desafío hacia un porvenir más humano.

Para ello, realizamos el siguiente desarrollo: en un primer momento presentamos la noción de prácticas intersticiales sensu Scribano. Aquí profundizamos en la lógica del tiempo que hemos analizado en otro lugar para el gasto festivo (Vergara, 2012b), la cual nos permitirá ahondar en la lógica del futuro/presente del amor filial. En un segundo momento analizamos las prácticas de amor filial en un contexto de extractivismo y contaminación ambiental, en relación con la reproducción presente de los cuerpos a través de la alimentación y, vinculado a la reproducción de la vida misma. Y aunque el artículo se centra en tres casos de ciudades del interior de Córdoba y Santa Fe, donde la dinámica urbana dista mucho de ser como en las grandes urbes o capitales, nos



permitirán reflexionar, en las Consideraciones Finales acerca de los horizontes por donde pliegues inciertos, inesperados e inestables hacen posible que la desesperanza ceda en la reciprocidad, donde el privatismo se suspende en el dar(se), donde la mercantilización de las políticas sociales enmudece ante la vida que abre un futuro-presente.

Más acá/allá de la lógica mercantil

Los cuerpos resultan de la interacción dialéctica entre las dimensiones orgánicas – que se reconfiguran socioambientalmente-, *subjetivas* –por las cuales el ‘yo corporeizado’ se constituye en las interacciones- y, *sociales* –que condensa las in-corporaciones de los aprendizajes cotidianos. Estas tres facetas se combinan con dos vectores básicos de la existencia. Por un lado, la temporalidad o bio-grafía que articula y ordena las experiencias particulares de cada agente inscriptas en determinados procesos sociohistóricos. Por otro, la ubicación socio-espacial que abarca posiciones, condiciones y disposiciones de acción, desde donde también se constituye la forma de conocer y sentir el mundo. De este modo, las tramas corporales (Vergara, 2012a), son una manera posible de analizar sociabilidades, vivencialidades y sensibilidades que se hacen y des-hacen al compás de la estructuración social.

Los cuerpos en el capitalismo constituyen el lugar privilegiado donde se asienta la conflictividad y el orden debido a su condición de mercancías. Las relaciones entre cuerpos y capital se basan principalmente en la capacidad de los primeros de aportar energías, pero también en las formas en que por el segundo, se distribuyen y garantizan las condiciones de apropiación de los alimentos que, por ejemplo, permiten sostener un nivel de correspondencia entre las energías biológicas y las energías o capacidades sociales de acción. La realización efectiva de este modo de estructuración se sostiene en una regulación de las sensaciones corporales que involucra mecanismos y dispositivos que contribuyen a prácticas articuladas desde la soportabilidad social (Scribano, 2007).

Pero, en el marco de las formas de estructuración capitalistas es posible identificar y observar prácticas-otras tales como la felicidad, la esperanza y el disfrute que trascienden la expropiación, que eluden la soportabilidad. Son “prácticas de la vida vivida en tanto potencia de las energías excedentes a la depredación” (Scribano, 2009:147); prácticas que tienen tanto de cotidianeidad como de su condición de ser extra-ordinarias, que se hacen presentes en espacios indeterminados y abiertos del capitalismo, que como pliegues escurridizos ponen en acto el repliegue, la resistencia y la rebeldía de las energías corporales, al negar las normas principales de la religión neocolonial y atravesar sus principales vectores (Scribano y Lisdero, 2009; Scribano, 2017).

En otro lugar (Vergara, 2012b) hemos analizado cómo opera el tiempo en una de las prácticas intersticiales, el gasto festivo, a partir del análisis de entrevistas realizadas en Villa María (Córdoba) durante 2011. Concretamente planteamos el lugar de quiebre del gasto festivo en la relación instrumental entre medio-fin al desarticular la trama entre sacrificio-presente para felicidad-futura abriendo así los cauces para un presente-porvenir abierto, incompleto y múltiple. Recordemos que la lógica del ahorro ascético caracterizó al burgués del capitalismo industrial a partir de un astuto juego de lo temporal por el cual las privaciones actuales se diferían y desplazaban hacia un prometido goce posterior. En el análisis del material empírico hemos advertido cómo en lo cotidiano, los agentes manifiestan vivencias del tiempo como una falta, como una ausencia, como algo que no se tiene porque ya ha sido sacado por otro, lo cual da cuenta de la vigencia de la expropiación de energías que realiza el capital a diario, es decir la in-disponibilidad del cuerpo y de su propio tiempo biográfico. En este marco, el gasto festivo es una práctica



intersticial que tiende a constituirse en un pliegue, en un quiebre y en una parte inesperada de la lógica capitalista, que entre otras dimensiones se caracteriza por destituir la relación con las mercancías y desregular las emociones (Scribano, 2009). La posibilidad de encontrar espacios-otros que devuelvan autonomía y capacidad de conjugar espacios-tiempos propios, abre las puertas para analizar las formas potenciales del gasto festivo que, a contramano de la lógica capitalista, presenta modos-otros de experimentar, sentir y apropiarse del tiempo. Esto es posible en tanto logra invertir la lógica del vivir para producir, dejando paso a una segunda vida, a una vida paralela que inunda la existencia toda de los sujetos. Al quebrar la jerarquía del orden capitalista donde gobiernan las cosas-objetos-mercancías, da paso a una igualdad entre los sujetos que aparecen como cómplices de la destitución mercantil, allí donde las cosas pueden estar al servicio de los sujetos. Aquí se produce una transformación de la lógica temporal. Porque se produce para vivir y las cosas han dejado de gobernar a los sujetos, es que el porvenir se libera, se descoloniza del presente y se abre incompleto a múltiples posibilidades y potencialidades. La relación entre tiempo, cuerpos y capitalismo se quebranta si, luego de destrabar la lógica del gobierno de las cosas, los sujetos pueden encontrarse cara a cara, ya sin los enmascaramientos fetichizantes de lo mercantil. Esta es una condición para que el gasto festivo abra las puertas a la felicidad (Scribano, 2009) pues precisamente, la desmercantilización de las relaciones sociales dispara un juego múltiple, fluido y afectivo que comienza en la intersubjetividad: *“el próximo, el que está al lado, el que comparte y con el cual se parte, son figuras recurrentes de las narraciones y re-vivencias de lo festivo. La hermana, el compañero de trabajo, los hijos aparecen –una y otra vez- como los autores de una relación social que empuja hacia un más acá de lo estrictamente celebratorio en la fiesta institucional”* (Scribano, 2011: 16).

Más acá/allá del consumo mimético, el solidarismo y la resignación, actúan en lo cotidiano y desapercibido estas prácticas-otras que desmienten la verdad sostenida por la religión neocolonial. La felicidad, la reciprocidad y el amor se hacen presentes como potentes vestigios de vida en medio de la aridez mercantilista/mercantilizadora. Ser feliz es un complejo cognitivo-afectivo de vivencias de autonomía para actuar, abriéndose paso desde lo expresivo, lo creativo y quebrando el círculo del consumo mimético. La reciprocidad no supone una práctica normativa individual sino una abierta experiencia de un “nosotros” como sujeto de la acción que articula la lógica del dar-recibir-dar, del hetero-reconocimiento y del compartir. *Las prácticas del querer* tales como el amor filial, conyugal y cívico se gestan en contra de la resignación, construyendo afectivamente una relación intersubjetiva *yo-tú-otra persona* que se vuelve meta, objetivo y prioridad. Resultan de sociabilidades hechas cuerpo que reconectan las relaciones intersubjetivas y emergen desde los quiebres del extrañamiento y la alienación. Opera a contramano de la impotencia que resulta de una sociodicea de la frustración abriendo camino junto con otro sujeto para actuar (Scribano, 2010).

En las prácticas del querer como el amor filial, se reconectan las relaciones de ego con alter que el capitalismo coagula en la mercantilización. Por ello *“el amor como práctica intersticial involucra la energía de saberse con otro en el mundo en tanto trampolín para la acción”* (Scribano, 2010: 252), es decir que contradice la resignación –porque las relaciones con otros son objeto de deseo, desplaza la primacía de la necesidad, suspende el extrañamiento y la alienación. Sin estar necesariamente atado a la consanguinidad, las prácticas del querer tienen un lugar en las relaciones entre padres o madres e hijos, bajo la forma del cuidar, proteger, dar seguridad: *“El cuidado es una de las más básicas prácticas del querer donde se relacionan el atender y el asistir. La protección se vincula con el amparo y el resguardo. La continuidad con la persistencia y la prolongación”*



(Scribano, 2017 : 254). Este cuidado entendido como práctica intersticial solo puede hacerse presente cuando en la orientación de la acción están supuestos otros sujetos en tanto tales, no quedando atrapados en la resignación ni en el extrañamiento. Las prácticas de cuidado que habitualmente se analizan en los estudios de trabajo y géneros –vinculadas a la socialización, a la alimentación, a la salud, entre otros- no se definen per se desde su intersticialidad. En el siguiente apartado damos cuenta de tres prácticas que no ceden a la resignación.

Cuando el amor es vida y la vida es futuro

La relación entre acciones colectivas y amor ha encontrado en el contexto argentino, algunas expresiones tales como las “Madres del Paco” que luchan contra las adicciones de sus hijos, las “Madres de Barrio Ituzaingó” que cuestionaron el orden extractivista-contaminante de las fumigaciones o, los “Familiares y Amigos de Víctimas y Heridos de la Tragedia de Once 22/2” que dan batalla para que la justicia condene a los responsables de ese acontecimiento (Scribano, 2017).

En este apartado repasaremos algunas prácticas aisladas, fragmentadas, esporádicas que no dejan de ser metonimias de lógicas-otras.

Desde 2002 hasta la actualidad, hemos identificado un conjunto de experiencias que van desde un grupo de mujeres recuperadoras de residuos, pasando por el cuidado de jóvenes embarazadas hasta una movilización contra las fumigaciones que torsionan y quiebran la resignación y el mandato del no-futuro. Son colectivos que surgen en el siglo XXI en ciudades del interior de provincias como Córdoba y Santa Fe, que inscriptas en lógicas particulares dan cuenta de ciertos procesos de estructuración social capitalistas que de un modo o de otro tienen que ver con la vida, con el presente-futuro, con las formas de superar los obstáculos que algunos cuerpos enfrentan para la reproducción de sus condiciones materiales de existencia.

Es por ello que podrían ser vistos como síntomas de redes de conflicto vinculadas a los procesos de estructuración social. Sin embargo, en este artículo focalizaremos en aquellos aspectos sutiles pero contundentes que nos permiten desde una Sociología de los cuerpos y las emociones dar cuenta de los horizontes por-venir desde la esperanza.

En este apartado presentamos dos dimensiones del amor filial (consanguíneo): uno ligado a la comida como base para la reproducción de los cuerpos y el otro ligado al cuidado contra las fumigaciones de explotaciones agrícolas con agro-tóxicos. En un tercer momento analizamos prácticas de amor filial (no consanguíneo) en integrantes de un colectivo que acompaña a jóvenes embarazadas en condición de vulnerabilidad.

A.-Amor filial y comida

Las prácticas que abarcan el proveer como madres, tiene características particulares en el caso de las mujeres recuperadoras de residuos sólidos urbanos (sea que trabajen en las calles o en sitios de disposición final). Esto se debe a que mientras llevan adelante su actividad productiva que se inscribe en el reciclaje, buscan, recogen y trasladan objetos y alimentos para ser usados o consumidos por el resto de los integrantes del hogar. Por ello, existe un continuo que enlaza hogares y calles, donde la obtención adicional de alimentos y objetos de uso les permite resolver algunas necesidades del hogar. Con esto, a veces buscan compensar los exiguos precios de los materiales reciclables siendo vistos como “ganancias extras”, premios o resultados de la fortuna o el azar. En este sentido, las prácticas y percepciones se articulan en una suerte de satisfacción que compensa el



trabajo y que puede eventualmente contribuir a la conformación de una sensibilidad de los desechables. En este contexto y en el marco de sociabilidades individualistas resulta de interés sociológico indagar y comprender cómo pueden tensionarse la soportabilidad (que neutraliza conflicto presente) y las prácticas intersticiales que logran irrumpir con vínculos que operan por fuera de la lógica de la mercancía, esto es, con relaciones no instrumentales. Aquí los límites analíticos pueden volverse difusos, La indagación en clave de sensibilidades, sociabilidades y vivencialidades puede echar luz acerca de las tensiones entre una subjetividad inscripta en el salir adelante y el sacrificio por otros que se metamorfosea como amor filial.

Una de las dimensiones del cuidar de otros tiene que ver con la alimentación que conduce a la relación entre comida y vida, dado que “[e]l riesgo de la no-reproducción biológica comienza en el riesgo de la inanición. La línea que divide la vida y la muerte está pintada con los colores de la alimentación” (Scribano, 2005: 102).

Las condiciones materiales/estructurales de existencia de las familias de recuperadores de residuos transitan habitualmente por los senderos de la comida escasa y la certeza de que en las calles o en el basural algo se podrá encontrar. Uno de los lugares más frágiles en este contexto es la desnutrición infantil como una de las marcas sintomales de las fallas constitutivas de un sistema que expropia recursos generando con esto, una desigualdad estructural y estructurante –no contrarrestada con políticas alimentarias tales como entrega de cajas, módulos o bolsones a las familias, la comida brindada desde comedores comunitarios o escolares, la leche para niños distribuida en centros de salud y la promoción de la autoproducción de alimentos (Sordini, 2018) . Es además un vértice en el que confluyen, la enfermedad y la alimentación –o, mejor dicho, su ausencia parcial o total-. Es un síntoma de la presencia de la organicidad y de sus relaciones con la presentación social de los cuerpos y la subjetividad. Por ello, las energías sociales dependen de las energías corporales, con lo cual la deficiencia nutricional, marca un horizonte de relaciones humanas débiles, que afectan el desplazamiento social, las trayectorias de clase y la regionalización de la vida (Scribano, 2005).

Las carencias y necesidades suelen traspasar momentos coyunturales -tal como puede ser un periodo de crisis- y volverse ‘crónicas’, cotidianas, naturalizadas, hasta convertirse en ‘ausencias sistemáticas’ que torsionan las condiciones de reproducción de la población, allí cuando la comida se convierte en el ‘techo’ de los sueños diarios.

En este marco de escasez hemos identificado prácticas del querer en el acto mismo de ceder lo que hay a los hijos, tal como lo relata una mujer recuperadora:

C.: es duro eso de encontrarte con ... o tenés un plato de comida eso te pasa como persona, porque por ahí vos tenés un plato de comida y decís se los dejo para mis hijos... nosotros por ahí somos mujeres que más de una vez tenemos muchas horas de trabajo y vamos sin comer... y no es solamente yo, todas mis compañeras ... que dejan el plato de comida para sus hijos y tenés que ir a trabajar toda la tarde sin comer...(C, 2013).

Ceder la comida para los hijos se inscribe en una trama de sociabilidades, vivencialidades y sensibilidades particulares. Forma parte de las inscripciones corporales de la maternidad (no sólo biológica) como disposición a garantizar la vida otra persona, de las sensaciones vivenciadas de hambre en la propia biografía, de sentidos y energías que se reacomodan entre emociones y carencias. La dureza que genera la escasez impone un acto de resignación contra aquello que aparece como inmodificable. En los cálculos de



la racionalidad instrumental, el cuerpo cuyas energías corporales se consumen en muchas horas de trabajo requiere de alimento para garantizar su reproducción diaria y asegurar la efectiva disponibilidad de la mano de obra. Pero ese cálculo que ordena temporalmente energías, comida y cuerpos se quiebra por la irrupción de una lógica otra. Es un instante en el que la condición de humanidad se restituye. En el encuentro con los hijos, emerge la propia identificación como “persona”, es decir el primer momento de des-extrañamiento, necesario para poder completar el círculo de re-reconocimiento intersubjetivo, donde yo-tú-alter se funden en un tiempo otro. Así pues, dejar la comida a los hijos es una inversión de la lógica temporal y de la administración de energías más acá y más allá de la mera supervivencia. Es un modo de cuidar ese fruto, de preservar su futuro/presente a costa de sí pero también para sí. Ir a trabajar sin comer sabiendo que los hijos han comido es un reacomodamiento de la dimensión orgánica de las tramas corporales ya habituadas al hambre, pero que se atreve fugaz y débilmente a construir otro tiempo, otra relación, otra manera dar(se).

B.- Amor filial y salud/vida

En el contexto latinoamericano las luchas ambientalistas se inscriben en una densa trama de configuración histórica del extractivismo, el cual uniendo saqueo de un lado y, acumulación del otro se ha consolidado como un patrón de relaciones que operó como pilar para el nacimiento y expansión del propio capitalismo. En la actualidad y desde hace ya varias décadas, el extractivismo actúa como el principal organizador del territorio, la economía y las relaciones de poder, a partir de un mecanismo de producción extensiva e intensiva de bienes primarios destinados a la exportación (Machado Aráoz, 2015). Como tantas otras zonas del país que se han orientado al monocultivo, el interior de Córdoba forma parte de esta lógica que implica para su expansión el uso de agrotóxicos.

Es en este sentido, que los movimientos ambientalistas emiten un mensaje a la sociedad además de confrontar con la política, en términos de cómo pueden ser reordenados criterios, prioridades, posibilidades y alternativas de vida social (Melucci, 1994).

Ahora bien, en este artículo retomaremos como práctica intersticial de amor filial lo que podría ser una de las circunstancias que habilita la formación de un colectivo, que en línea con lo que sucedía en otras ciudades cercanas contradecía el mandato extractivista incrementar los niveles de producción inhibiendo sus principales plagas.

Es por ello que nos parece posible advertir en este contexto, cómo otras dimensiones de la vida cotidiana pueden ser lugares propicios para que irruman prácticas de amor filial, en este caso vinculadas con la vida. En las ciudades del interior donde la actividad agrícola ha crecido en las últimas décadas se suele utilizar la expresión coloquial “el campo mueve todo”, en referencia al beneplácito que perciben ciertos sectores de la sociedad debido al dinamismo económico que imprime dicha producción en los sectores industrial, comercial, o de servicios. Pero podríamos decir también que el campo ha movilizado en otros sentidos, tal vez tan elementales como prioritariamente humanos:

A: me dice la niñera ‘estuvimos toda la tarde en la placita mirando el avioncito’, ‘¿qué avioncito?’ –pregunté-, ‘uno que estaba fumigando en el campo del frente’. Uhhh digo yo... si fumigan mata, si mata es veneno, estaba el chiquito ahí mirando... lo único que atiné a hacer, te hablo del 2001 es agarrar la máquina de fotos y ponerla en el auto. A los dos o tres días escucho ‘rrrrrr’, me voy a ver el avioncito y estaban de nuevo fumigando en ese mismo campo (...) Nosotros les



dijimos “la salud de nuestros hijos no se negocia, no hay mesa de negociación, la salud de nuestros hijos no se negocia, se protege, y para protegerla las leyes ya están, con lo cual se cumplen” (A, 2006).

La vida cotidiana puede ser afectada de maneras muy sutiles o de modos muy grotescos. La atracción por el vuelo de un avión fumigador empequeñecido desde la inocencia y la naturalización se quebró ante la asociación veneno-muerte versus vida futura. Aunque el registro visual de una fotografía parece ser la única arma posible de ser usada, es decir casi nada, la resignación cede paso al imperioso deseo amoroso del cuidado, la protección y el resguardo de la vida de un hijo como metonimia de muchos otros niños nacidos y por nacer. Por eso la vida puede discurrir por otros senderos distintos a los negocios y las negociaciones. Porque la vida es vida y se defiende como se pueda. Y desde ese impulso vital a la acción es posible el encuentro con otros que relatan más horror: embarazos perdidos, aumento en el número de muertes por cáncer. La vida gestada, la vida incipiente, la vida en su etapa adulta estaba siendo jaqueada, golpeada. La vida humana que es tan naturalmente social como la naturaleza, cosificada en un apéndice de un mecanismo de extracción/destrucción/producción. Pero el amor filial puede quebrar la lógica del tiempo poniendo al futuro en el presente, discutiendo en el reconocimiento con otros las potencialidades de los horizontes compartidos.

La disrupción en la ciudad de un colectivo integrado en su mayoría por mujeres -madres y esposas- que defendían la vida, los llevó a enfrentarse, discutir y disputar espacios de poder con los medios locales, el Municipio, la Sociedad Rural y hasta con empleadores que amenazaron con dejar sin trabajo a quienes participaran en dicho grupo. Más allá de los balances respecto de la resolución del conflicto; más allá de la aplicabilidad y legitimidad de la ordenanza que se logró promulgar en la ciudad al respecto, nos interesa aquí destacar cómo el amor filial –más allá y más acá de la mercantilización reinantes- pudieron desmentir, de manera no-esperada la reproductibilidad de un sistema que se ocupa estructuralmente de depredar energías, bienes comunes, vidas presentes/futuras.

C.- Amor filial (no familiar) y la vida por nacer

Existen diversos colectivos que asumen como responsabilidad en tanto parte de una comunidad, el cuidado de otras personas o el acompañamiento durante algunas horas a la semana. Es decir, nos referimos a grupos y organizaciones que por fuera de lo que se denomina la economía del cuidado o la responsabilidad social empresaria generan acciones concretas a partir de intereses focalizados en quienes se encuentran en situaciones de vulnerabilidad, riesgo social. Esto como contrapartida pone de manifiesto cada vez más los vacíos que se generan en (y entre) las instituciones de la modernidad que parecen no lograr contener las cambiantes y complejas transformaciones de la sociedad actual. La violencia de género es uno de los vectores desde donde hemos analizado¹ la configuración de las sensibilidades de mujeres que participan en una organización para comprender las relaciones entre el estar en dichas instancias colectivas en función de sus tramas corporales, indagando las conexiones y desconexiones entre prácticas solidaristas, de inacción/soportabilidad por un lado y, prácticas intersticiales por otro.

En este sentido, la noción de “amor filial” nos permite ubicar prácticas de cuidado dirigidas a madres adolescentes embarazadas de 14 a 21 años de edad, en situación de vulnerabilidad social –y que generalmente abandonan la escuela-, en torno a la maternidad/

¹ Hemos realizado una presentación preliminar de estos aspectos en la ponencia titulada “Tramas corporales y sensibilidades en la producción / reproducción social”, presentada en el XXXI Congreso ALAS, Montevideo, 2017. Inédito.



paternidad responsables, el acompañamiento en controles de salud y contención afectiva durante el embarazo y en el período posterior. Talleres de manualidades, charlas sobre salud, asistencia psicológica, nutricional y social son algunas de las facetas desde donde se realiza este acompañamiento, que aquí nos permitimos incluirlo dentro del amor filial dado que éste tiene que ver con el cuidado/futuro, dado que:

“¿[q]ué significa cuidar en la relación yo/tú/otro? Significa contener de modo tal que no sea dañado. Es un contener(se) de modo tal que no sea(mos) dañado(s), es este poro que “queda ahí” y que la resignación no logra traspasar “del todo”. Es decir, hay un punto donde la constitución del amor filial es una plataforma donde la relación “salta” a otro estado en tanto “práctica-del-querer”” (Scribano, 2017:255).

Este cuidar a las adolescentes embarazadas para que no sean dañadas ellas ni sus hijos por nacer opera bajo el impulso que da la energía del amor de no cederle paso a la resignación, de poder gestar no solo vidas sino además vidas-otras capaces de reescribir la historia de otra manera, abriendo caminos a otros horizontes, por momentos casi no visibles para quienes se encuentran en precarias condiciones materiales de vida, en medio de vínculos familiares/conyugales complejos.

M: muchas chicas que no tenían apoyo de la familia, ehh había que buscarle la forma de ehh encauzarlas (...) implica un poco mássss de cuidar al bebé, sino también cuidar a las mamás, ver situaciones puntuales porque hay situaciones de violencia familiar, de violencia de pareja; y trabajamos eh en contacto con el UDER² (...) la mayoría están en un estado socioeconómico muuuuuy grave [Entrevistadora: ¿muy grave?] sí, viven en lugares totalmente, algunas ni tienen agua esteee se les no tienen, a veces tienen en vez de puerta tienen cortina o nylon y hay que, o ahora por ejemplo ehh el mes de enero me parece que fue que hubo uno una lluvia muy grande una inundación muy grande” (M, 2016).

Las familias no siempre son el ámbito de la contención y el afecto. En muchos casos, predomina lo contrario. Aquí cuidar/contener/proteger es construir un espacio en medio de carencias estructurales básicas contra las cuales no se disponen de recursos pero tampoco de esto se deriva una parálisis de la acción. La re-conexión que logra el amor filial (no consanguíneo) reubica a las jóvenes en un vínculo otro donde son reconocidas en tanto sujetos sociales, pese a que la pobreza, la violencia o el abandono puedan desdibujarlas. Y es la posibilidad de hacer algo sin ser derrotados por el determinismo, para construir un horizonte-otro en estas biografías futuras/presentes.

Consideraciones finales

En contexto de una sensibilidad de los desechables y de sociabilidades individualistas operan las prácticas cotidianas de los agentes sociales que se tensionan paradójicamente entre la soportabilidad (que neutraliza conflicto presente) y prácticas intersticiales que actualizan vínculos que operan por fuera de la lógica de la mercancía, no instrumentales capaces de abrir otros por-venires. Tensiones entre sociabilidades capitalistas como impedimento para nuevas articulaciones colectivas y prácticas que buscan *salir adelante* (en tanto posibilidad de no repetición/resignación, sino de apertura creativa) para/con otros.

² Unidad de Desarrollo Regional. Dependen del Ministerio de Desarrollo Social de la provincia de Córdoba.



El breve recorrido que hemos presentado en este artículo por tres tipos de prácticas sostenidas en el amor filial nos alerta en torno a los modos en que la lógica de la alienación des-encuentra a los sujetos en el capitalismo. Por ello, la potencia de las prácticas intersticiales que reconectan y alumbran permitiendo el encuentro, el hetero-reconocimiento, el nosotros. Esto permite además quebrar el círculo de la resignación, del 'siempre fue así', instalando una nueva dimensión de la temporalidad donde los futuros/presentes impulsan la acción.

Referencias

KOURY, M. G. (2016). Cultura emotiva e processo social: medos corriqueiros, risco e sociabilidade. *RBSE*, 22-34.

MACHADO ARÁOZ, H. (2015). Ecología política de los regímenes extractivistas. De reconfiguraciones imperiales y re-ex-sistencias decoloniales en Nuestra América. *Bajo el volcán*, año15, N°23, 11-51.

MELUCCI, A. (1994). ¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales? En E. LARAÑA, Y J. GUSFIELD, *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad* (págs. 119-149). España: CIS.

SCRIBANO, A. (2017). Amor y acción colectiva: una mirada desde las prácticas intersticiales en Argentina. *Aposta* N°74, 241-280.

_____ (2015). Acción colectiva y conflicto social en contexto de normalización. *Boletín Onteaiken* N°20, 31-42.

_____ (2013). Ciudades coloniales: límites, márgenes y bordes. En M. C. LUHRS, *Circulaciones materiales y simbólicas de América* (págs. 127-146). Querétaro: UAQ.

_____ (2011). Algunas aproximaciones conceptuales a las experiencias festivas. *Boletín Onteaiken*, N°12, 9-19.

_____ (2010). Las sensibilidades prohibidas: el epílogo de un libro sobre la transformación social. En A. SCRIBANO, y P. LISDERO, *Sensibilidades en juego: miradas múltiples desde los estudios sociales de los cuerpos y las emociones* (págs. 246-257). Córdoba.

_____ (2009). A modo de epílogo ¿por qué una mirada sociológica de los cuerpos y las emociones? En A. SCRIBANO, y C. FIGARI, *Cuerpo(s), subjetividad(es) y conflicto(s). Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica* (págs. 141-151). Buenos Aires: CLACSO-CICCUS.

_____ (2007). La sociedad hecha callo: conflictividad, dolor social y regulación de las sensaciones. En SCRIBANO, A. (comp.), *Mapeando interiores* (págs. 119-143). Córdoba: Universitas.

_____ (2005). *Itinerarios de la protesta y del conflicto social*. Córdoba: Copiar y UNVM.

SCRIBANO, A., y LISDERO, P. (2009). Trabajo, intercambios recíprocos y prácticas intersticiales. *Política & Trabalho*, 213-203.

SORDINI, M. V. (2018). Las transferencias monetarias de ingresos y el consumo de alimentos en Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. En A. DE SENA, *La*



intervención social en el inicio del siglo XXI: transferencias condicionadas en el orden global (págs. 209-230). Buenos Aires: ESE Editora.

VERGARA, G. (2018). Cuerpos, sensibilidades y acción colectiva (Argentina, 2002). Estudios Feministas, núm.26(1), pp1-19

_____ (2012a). Experiencias de la doble jornada en mujeres recuperadoras de residuos de Córdoba en la actualidad Un análisis de sus tramas corporales, percepciones y emociones. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales (UBA). Inédito.

_____ (2012b). Gasto festivo y temporalidad. Las prácticas desde los intersticios que des-colonizan el futuro. En A. SCRIBANO, G. MAGALLANES, y M. BOITO, La fiesta y la vida. Estudios desde una sociología de las prácticas intersticiales (págs. 69-86). Buenos Aires: CICCUS.

